

UNA VISITA A BARTHOLDI

UNA

## VISITA A AUGUSTO BARTHOLDI

EL TALLER DE BARTHOLDI. — SU ESTATUA DE COLÓN. — SU PALACIO DE MARSELLA. — EL LEÓN DE BELFORT. — LA ESTATUA GIGANTESCA DE LA LIBERTAD. — SUS CUADROS.

Bartholdi estaba predestinado á hacer *La Libertad iluminando al mundo*. Su primera obra fué una estatua de diez metros de altura, un *General Rap* que no pudo entrar en el « salón oficial » por ser más grande que las puertas del Palacio de la Industria. Luego su bronce y su mármol han ido creciendo, hasta dejar muy atrás las grandes figuras de la *Bavaria* y del *San Carlos* <sup>1</sup>.

1. He aquí algunos párrafos de una larga carta que Bartholdi tuvo la bondad de escribirme después de haber leído mi artículo:

« Monsieur.

» Je n'ai jamais cherché à faire des œuvres volumineuses, mes œuvres colossales n'ont été faites qu'après vingt ans de carrière et j'en avais déjà exécuté un grand nombre d'autres qui avaient été

Este deseo de *hacer grande* ha dado origen á la leyenda parisiense que representa á Bartholdi como á un ciclope del arte contemporáneo, como á un monstruo de orgullo, como á un imaginativo febril, cuyo ensueño dorado consiste en dar vida á una obra más grande que la torre de Babel.

Leyenda falsa...

Bartholdi es el más modesto de los obreros y el más sencillo de los hombres.

Alto, pálido, con la barba gris y el traje humilde, más bien parece un bibliotecario de provincia que un gran artista de París.

remarquées, puisqu'elles m'avaient déjà valu la croix de la Légion d'honneur à l'âge de trente ans.

» Quand on jugera un jour l'ensemble de mes œuvres avec attention, on s'apercevra que ces œuvres colossales n'ont été que la conséquence des idées qu'elles inspirent et de l'emplacement qu'elles occupent.

» J'ai toujours aimé la pensée dans l'art et le caractère décoratif; j'ai, pour cela, toujours uni plus ou moins, dans mes œuvres, l'étude de l'art architectural à celle de la sculpture, parce que j'y vois un moyen de rendre l'art expressif.

» Soyez convaincu que tout homme sensible à une impression noble, quand il sera en présence de la statue de la Liberté ou du Lion de Belfort, éprouvera une émotion et ne pensera pas aux difficultés de l'exécution; cette pensée ne viendra qu'après; ce ne sera pas le moyen, mais l'idée qui l'impressionnera d'abord; ce ne sera pas le tour de force, mais la poésie de la conception qui restera dans son souvenir.

» J'ai déjà eu souvent le plaisir de le constater et je suis heureux de me rappeler, notamment, que Victor Hugo a consacré des vers émus à la statue de la Liberté, que François Coppée et d'autres ont chanté le Lion de Belfort, qu'ils ont honoré, de toute leur âme de poètes, le sentiment esthétique de ces œuvres. Recevez l'assurance de mes sentiments très distingués. — BARTHOLDI.

Yo fui á verle, hace pocos días, sin ninguna recomendación y sin pretexto alguno; fuí á verle para conocer su taller.

Lo primero que se ve, al entrar en el taller, es una estatua de Colón. El descubridor está representado en el instante más artístico de su vida, después del estudio, antes del triunfo, cuando su mano abandona el compás y sus pupilas se dilatan contemplando el miraje de un mundo nuevo. Los escultores italianos que han poblado de almirantes de bronce los jardines de América, tratan siempre de hacer compendios *pintorescos*, y dan al gran navegante genovés un aspecto de conquistador y de sabio, poniéndole en la diestra un estandarte y en la siniestra una esfera ó un mapa. Bartholdi ha renunciado al gesto clásico para dar á Colón su verdadera actitud de creyente, de visionario, de profeta...

— Esa figura — me dice el artista — es el original de una de mis obras menos populares y más queridas. Yo la destinaba á una calle de París ó á una plaza de Italia; pero en la Exposición de Chicago, un millonario se enamoró de ella y me la compró

para hacerla fundir en plata maciza. ¡ Los millonarios americanos son irresistibles !...

Como esta última frase me hiciera sonreír, Bartholdi me dijo de una manera casi brusca :

— Yo no soy interesado, no ; ante todo soy artista ; mis ideales valen más que todo el oro del mundo.

Y para probarme que decía verdad, me refirió detalladamente la historia del palacio de Longchamps en Marsella.

Hace unos cuarenta años los marseleses quisieron construir tres grandes edificios en la colina de Longchamps : uno para el Museo de pintura, otro para el Museo de Historia natural y el tercero para servir como *château d'eau*. La municipalidad abrió un concurso de arquitectura, ofreciendo quince ó veinte mil francos al artista autor del proyecto más interesante. Bartholdi, que entonces no tenía sino veinte años, envió un plano acompañado de dos modelos completos en yeso. Cuando el jurado abrió los pliegos que contenían los nombres de los *concurrentes*, Bartholdi fué eliminado « por carecer de edad legal ». Algunos meses más tarde, Esperandieu recibía el encargo definitivo de construir los monumentos por cuenta del municipio. Los trabajos de construcción duraron doce años, al cabo de los cuales la gran ciudad del Mediodía, orgullosa de sus tres nuevos pala-

cios, se propuso hacer una magnífica fiesta inaugural. Bartholdi quiso admirar la obra de su *concurrente* afortunado, y tomó, una noche, el camino de Marsella.

¡ Cuál no sería su asombro al ver que la obra tan aplaudida estaba hecha conforme à sus propios planos y modelos !

— Naturalmente — dice el gran escultor, — yo me quejé à los tribunales y conseguí que la municipalidad me pagase à mí la obra ; pero eso es lo menos importante, y más me habría gustado que le dieran al otro el dinero y que me dejaran à mí la gloria que justamente me pertenece.

Si la Gloria ha sido ingrata para con el arquitecto, no así para con el escultor.

¿ Quién no ha oído hablar del león de Belfort ? ¿ Quién no ha visto una fotografía del grupo de *Suiza* socorriendo à Estrasburgo ? ¿ Quién, en fin, no conoce de ama esa gigantesca estatua de *La Libertad iluminando al mundo* que está hoy considerada como una de las siete maravillas del universo moderno y como la única rival artística de la torre Eiffel ? Sin duda, estas creaciones no valen, realmente, tanto como un medallón olvidado de David ó un busto desconocido de Rodin ; pero siempre son obras magistrales por la intensidad del esfuerzo que representan. Bartholdi mismo, considera más bien sus estatuas

monumentales de Nueva York y de Belfort como *tours de force* que como realizaciones estéticas.

— El único que ha sabido hablar de mi *Libertad iluminando al mundo* — dice — es Charles Blanc.

Hacer una figura de cuarenta y seis metros de alto, es como jugar toda una fortuna á la lotería; el artista ve perfectamente su modelo de tres ó cuatro metros; pero luego, cuando principia el trabajo de la ejecución definitiva, cada fragmento adquiere una vida nueva y un movimiento especial que casi es imperceptible en el análisis de los detalles, pero que, al fin, desharmoniza el conjunto. « ¡ Si usted supiera lo que tuve que trabajar para que los obreros no rompieran el equilibrio de mis líneas iniciales!... Durante varios años fui, al mismo tiempo, director de fábrica de bronce, contra maestre de carpintería, inspector de fundiciones y profesor de dibujo... todo para estar seguro de que cada brazo, cada dedo, cada uña de mi estatua, correspondiera exactamente á los demás miembros en el nivel general del cuerpo. ¡ Cuánto trabajo! ¡ Cuánto esfuerzo! ¡ Cuánto disgusto!... Y sin embargo, esos años son los más bellos de mi existencia. »

\* \* \*

Después de contemplar, en silencio, durante algunos instantes, los modelos de la estatua de *La Libertad*, que adornan su taller, volvióse de nuevo hacia mí, y continuó:

— El *León de Belfort* también me hizo pasar muy malos ratos; la melena sólo me costó más de seis meses de estudios improbables. — Como entonces yo era más fuerte que ahora, levantábame siempre con el sol para trabajar febrilmente mientras duraba la luz del día. Por las noches mis únicos *lugares de placer* eran las casas de fieras y los circos en los cuales había leones y tigres. Al volver á casa, entreteníame en dibujar todas las siluetas de leones que había visto — Tanto trabajé, en fin, que al cabo de unos cuantos meses mi animal estaba casi hecho... ¡ sólo me faltaba la melena!... ¡ La melena, Dios mío, la melena! Cien veces la hice y cien veces la deshice... Cada pliegue y cada pelo, eran, para mí, una obsesión dolorosa; pero jamás me arrepentiré de haberme hecho sufrir á mi mismo tanto, porque gracias á ese tormento tengo hoy el gusto de saber que mi obra es casi perfecta... ¿ Quiere usted ver una colección de bocetos de esa época, que aún conservo aquí? Mi taller de « arriba » está lleno de melenas.

Y, en efecto, la gran sala del segundo piso, más bien parece un museo de historia natural que un ta-

ller de artista. ¿Cuántos leones de yeso hay allí? ¿Cincuenta? ¿Cien? Lo cierto es que yo creo haber sentido, en un cuarto de hora, la misma obsesión que sintió Bartholdi mientras ejecutaba su monumento de Belfort.

\* \* \*

Lo que más me ha llamado siempre la atención, al recorrer el catálogo ilustrado de las obras de Bartholdi, es la ausencia de sentimiento femenino, pues si bien es cierto que en sus grupos simbólicos hay más de una mujer, no lo es menos que todos esos seres con faldas son puras abstracciones que sólo sirven para indicar el sexo ideal á que pertenecen los sentimientos en ellas representados.

Uno de mis más indiscretos amigos me explicaba, poco há, esta falta de sensibilidad artística, diciéndome que el estatuario de *Suiza socorriendo á Estrasburgo*, estaba casado con una mujer que tenía celos hasta de las estatuas — ¡como la *Suzette* de Rubén Darío; como la novia en el *Modelo* de Fouquier!

Bartholdi, por el contrario, asegura que su obra, en general, está llena de vibraciones de carne, y que la única razón que los críticos podrían tener para

acusarle de pobreza de sensibilidad, es la actitud majestuosa que tiene siempre, ante su mirada de artista, el cuerpo de la mujer ideal.

— Los tipos femeninos que más influencia han ejercido en la formación de mi concepto de la belleza — dice — son los de las primeras Venus griegas y los de las damas de la Edad Media. La Edad Media es mi época predilecta desde mucho antes de que los prerrafaelistas ingleses y los simbolistas franceses pusieran á la moda los divinos lienzos del *Gioto* y de *Fra Angelico*. Entre mis curiosidades artísticas tengo una *Biblia* del siglo xiv, cuyas deliciosas miniaturas en colores han servido á veces de modelo para mis cuadros.

\* \* \*

« ¡ Mis cuadros ! » — La frase me pareció rara; pues si bien yo no ignoraba que Bartholdi, escultor popular, había hecho algunos grandes ensayos de arquitectura, nunca me figuré que también hubiese manejado la paleta. « ¡ Mis cuadros ! » ¿ Querría acaso referirse á los cuadros ejecutados por otros artistas para su galería?...

El buen estatuario me sacó de la incertidumbre, diciéndome :

— Durante mi viaje á Egipto — viaje que hice en compañía de Gerôme — comprendí que el arte no era únicamente « la forma », sino también « el color » y desde luego me propuse dar cuerpo, por medio de los pinceles, á mis sensaciones de ruta. Todos los cuadros que usted ve aquí, son míos; todos valen poco, pero cada uno de ellos contiene un recuerdo agradable.

— ¿ Y los dos grandes lienzos que decoran la sala baja — le pregunté, — de quién son ?

— También míos. El primero representa la antigua California con sus esclavos y sus minas; el segundo es un símbolo de la nueva vida californiana, patriarcal, trabajadora, protestante, dulce; en aquél hay una nota cruel y febril, una nota española; en éste todo respira tranquilidad y bienestar laborioso... Pero ninguno de los dos vale gran cosa.

\* \* \*

Antes de marcharme quise hacerle una de esas preguntas que forman siempre parte de los interrogatorios psicológicos de los retratistas literarios de París :

— ¿Cuál es la obra de usted — le dije — que le gusta á usted mismo más ?

— Tal vez mi *Suiza socorriendo á Estrasburgo...* ó mi *Colón...* ó más bien mi *Libertad iluminando al Mundo.*

Esta última respuesta me hizo comprender, una vez más, que generalmente los artistas no son los mejores críticos de sus propias obras.

UNA VISITA A FRANÇOIS COPPÉE

UNA VISITA A FRANÇOIS COPPÉE



## VISITA A FRANÇOIS COPPÉE

A D. J. M. Herrera Irigoyen.

Autobiografía. — La figura de Coppée. — Los gatos.  
— España. — Cuba. — Los jóvenes. — La historia del Parnaso.

Ninguna existencia tan sosegada, tan sencilla y tan burguesa, como la del poeta de *Intimidades*.  
« Mi historia — ha dicho él mismo en una carta á Feliciano Champsaur — no se parece á la de Argentan. Mi padre fué un modesto empleado del ministerio de la Guerra, que no llegó nunca á ganar más de lo indispensable, á causa de sus opiniones monárquicas y legitimistas. Mi infancia fué pobre: tuve tres hermanas, una de las cuales murió, otra que está casada y la tercera que vive siempre conmigo. Durante la adolescencia, después de cumplir los quince años y antes de llegar á los veinte, ejercí

## VISITA A FRANÇOIS COPPÉE

A D. J. M. Herrera Irigoyen.

AUTOBIOGRAFÍA. — LA FIGURA DE COPPÉE. — LOS GATOS.  
— ESPAÑA. — CUBA. — LOS JÓVENES. — LA HISTORIA DEL PARNASO.

Ninguna existencia tan sosegada, tan sencilla y tan burguesa, como la del poeta de *Intimidades*.

« Mi historia — ha dicho él mismo en una carta á Feliciano Champsaur — no se parece á la de Argentan. Mi padre fué un modesto empleado del ministerio de la Guerra, que no llegó nunca á ganar más de lo indispensable, á causa de sus opiniones monárquicas y legitimistas. Mi infancia fué pobre: tuve tres hermanas, una de las cuales murió, otra que está casada y la tercera que vive siempre conmigo. Durante la adolescencia, después de cumplir los quince años y antes de llegar á los veinte, ejercí

mil oficios menudos para ganar diez duros al mes; luego entré en el ministerio de la Guerra, comò mi padre, en calidad de escribiente; trabajé mucho, haciendo versos que nunca pensé ver impresos. Catulo Mendés, que vivía cerca de casa, me dió consejos útiles, me sirvió de guía intelectual y al fin me hizo formar parte del cenáculo de los parnasianos.

» Ya en el « Parnaso » fui, en compañía de otros poetas, los sábados, á casa de Leconte de Lisle, los jueves á casa de Teodoro de Bauville, los demás días á casa de Mendés. Cuando quise verme impreso, ningún periódico aceptó mis poesías. Al fin Arsenio Houssaye publicó mi *Bendición* en el *Artista*, Lionnel la recitó en un teatro, y de la noche á la mañana fui conocido. Más tarde, Agar representó mi *Passant* en el Odeón para su función de beneficio — un triunfo; luego mis libros se vendieron; después fui elegido miembro de la Academia — y nunca una aventura! »

... Nunca una aventura, en efecto. Pero eso no obsta para que su leyenda sea una de las que mayor interés despiertan entre los curiosos de psicología literaria.

\* \* \*

Como modelo para un cuadro de Bonnat, la figura de Coppée no tendría valor ninguno, porque carece

de grandes rasgos austeros y de colores definidos; pero sería, en cambio, una imagen deliciosa para el artista que quisiese reproducirla al pastel, con matices suaves y medias tintas discretas, en la melancolía algo antigua de un fondo intencionadamente desteñido.

Por mi parte, el poeta del *Passant* me ha producido siempre la impresión de un convaleciente sensitivo que contempla la vida con amor y con alegría, pero que, al reproducir sus visiones, se acuerda de las miserias humanas y de sus propias miserias, y mezcla sus goces, sus lágrimas y sus entusiasmos en estrofas frescas hasta la Vulgaridad y piadosas hasta el Dolor.

\* \* \*

Para comprender toda la dulzura íntima y toda la bonachona ironía de Coppée, es necesario oírle hablar... ¿De qué? De cualquier cosa: de sus paseos por las inmediaciones de París, de sus primeros versos, de la pobreza de su niñez, de un par de zapatillas que bordó para él una pobre costurera con retazos de seda y hebras de plata robadas en el taller; de su pobre nodriza; de la muerte de su caballo; de sus gatos, en fin... Mientras más insigni-

ficante en el asunto, más claramente se nota la ironía y la dulzura.

La primera vez que tuve el gusto de visitarlo en su casita llena de flores de la rue Oudinot, el poeta volvía del campo.

— El campo — me dijo — es muy agradable y también muy útil, sobre todo para los que no gozamos de una salud robusta. Pero yo me aburro en el campo al cabo de algunos días y la nostalgia de París llega á hacerme, físicamente, más daño que las comidas de restaurant y las veladas interminables. Yo soy un burgués, un verdadero y odioso burgués, que no puede vivir lejos de sus amigos, lejos de sus libros, lejos de sus cafés favoritos. Mis gatos mismos, me hacen falta para estar contento y para trabajar con gusto, por lo cual me he decidido á llevarme á la Fraisiere, al más dócil de todos, á Petit-Loulou, un parisiense de pura raza, ágil, perezoso, alegre, femenino, cariñoso; pero los otros se quedan aquí y me hacen falta, sobre todo Siam, mi lindo Siam... Ya le verá usted... ¡Siam! ¡ven aquí Siam!...

Sin poner atención en la orden de su dueño, Siam continuaba apelotonado en el otro extremo de la pieza, casi invisible entre los cojines de seda que le sirven de lecho.

— Es un salvaje — continúa Coppée — un verdadero salvaje, desobediente, flaco, indomable,

cruel; un legítimo gato de Indo-China, con las patas delanteras más largas que las de atrás y con las uñas como las de un tigre; ¡pero tiene los ojos tan lindos, tan oscuros, tan brillantes, tan perversos!... ¡Á veces, viéndole entre sus compañeros, he soñado, con tristeza, en que las mujeres de su país deben de ser así, y que nunca una de ellas me dará un beso!... Porque entre los animales, ninguno se parece tanto á la mujer como el gato... ni aun el mono...

Muy amigo de España — de la España romántica, pintoresca y heroica, de la España de Gauthier y de Musset, en fin, el autor de *Severo Torelli*, no ha leído nunca un sólo verso de Campoamor ó de Nuñez de Arce y ni siquiera tiene idea de que *tras los montes* pueda existir una literatura que no sea calderoniana en el peor sentido de la palabra; pero en cambio sigue con un interés apasionado el curso de las más insignificantes manifestaciones carlistas, republicanas y cubanas.

— ¡Don Carlos sí que es un rey! — me dijo — un gran rey español. Estoy seguro de que en el fondo de su alma caballeresca, España es inconsciente y profundamente carlista. Y tiene razón, alguna

razón, porque en el estado actual de Europa, desde que se descubrió en el mundo latino ese gobierno llamado parlamentario, el Rey ya no es sino un jefe decorativo y por lo mismo es necesario que sea bello y majestuoso como don Carlos. Después de todo, los partidos y las ideas políticas no valen sino por los hombres que las encarnan... « Libertad, igualdad, fraternidad; » sí; perfectamente, ¿por qué no? pero que los jefes no sean burgueses sin galanura, ni tontos con pretensiones, pues entonces hasta la Libertad es odiosa. Para mí la gran idea es Napoleón... porque yo casi no tengo nada de republicano.

Y después de contemplar los grabados de Raffet que decoran su cuarto de trabajo, echó se á reir y continuó:

— ¿Sabe usted lo que me ha parecido más curioso en las crónicas consagradas por la prensa de España á la guerra de Cuba? Pues es que los españoles censuren á los cubanos á causa de que éstos, en vez de presentar batallas en regla, luchan desde sus montañas, en emboscadas... Porque, verdaderamente, si algún país no tiene derecho á quejarse de esa táctica, ese país es España, que en la guerra contra Napoleón hizo con nuestras tropas lo mismo que los hombres de Maceo están haciendo con las suyas.

\* \* \*

Una segunda pausa; una nueva carcajada. Luego: — En cuestión de quejas y de censuras — prosiguió — la lógica no existe casi nunca. Así, por ejemplo, nosotros, los poetas viejos, los parnasianos, nos quejamos á menudo de que los jóvenes simbolistas nos ataquen, nos llamen momias, nos tilden de imbéciles y esperen con impaciencia la hora de nuestra muerte. Sin embargo, no tenemos derecho á quejar nos, porque nosotros hicimos lo mismo con nuestros predecesores literarios, á mediados del siglo... lo mismo que los españoles y los cubanos... Y todos procedemos de buena fe. Yo no entiendo, le aseguro á usted que no entiendo, los poemas decadentes: á veces me he propuesto leerlos con despacio, buscar en ellos las chispas que anuncian el futuro fuego sagrado; pero imposible, no los entiendo, y, naturalmente, cuando por casualidad hablo de los autores de tales poemas, les llamo locos sin acordarme de que á mí también me llamaron loco en otro tiempo, asegurándome que mis versos eran ininteligibles. Y ellos también, los revolucionarios de hoy, serán los viejos burgueses de mañana y llamarán locos á los que vengan después de ellos, y no entenderán las odas de sus sucesores literarios. Porque no hay duda, los futuros triunfadores y los futuros académicos son ellos... tal vez no Moreas, ó Retté, ó Regnier, pero los otros, ¿quiénes? cualesquiera...

Dios sabe... X y Z, algunos de los que hoy tienen veinte años y que hacen versos incomprensibles para mí, como nosotros, los del Parnaso, hacíamos versos incomprensibles para Ponsard.

Uno de mis amigos me había asegurado que el autor de *Intimidades* no podía hablar con nadie diez minutos, sin contarle la historia del Parnaso contemporáneo. « Es su locura: yo he ido á verle diez veces y diez veces me ha referido la leyenda parnasiana ».

Empero, hacía ya más de una hora que yo estaba sentado en el inmenso diván de su gabinete de trabajo, y aun Coppée no se había referido sino incidentalmente al grupo de sus amigos de juventud. En vano mis preguntas habían sido indiscretas. El poeta contestaba siempre brevemente, sin entrar en intimidades ni en detalles.

Al fin, me decidí á repetirle la frase irreverente de mi amigo, asegurándole que yo contaba con su locura para conocer la verdadera historia del Parnaso.

— ¿La historia del Parnaso? El Parnaso no tiene historia, y en cuanto á las anécdotas que se refieren á la compesición de la pléyade y á cada uno de los

que formamos parte de ella, nadie puede agregar una palabra á lo que Mendés ha dicho en su *Legende du Parnasse Contemporain*. Yo no he contado nunca ninguna historia del Parnaso; pero, en realidad, cada vez que hablo de mí mismo, de mis obras y de mi juventud, tengo que referirme al Parnaso. En el fondo su amigo de usted tiene razón... ¿por qué negarlo? nada me es tan grato como nombrar á mis amigos, y la pléyade fué, para mí, un círculo de camaradas del alma... Catulo Mendés, sobre todo, y mi pobre Verlaine... ¡Cuando me acuerdo de que mi primer libro apareció el mismo día que los *Poemas Saturninos*!... Si; yo les he querido como á hermanos, con todo el corazón. ¿Sabe usted quién fué mi verdadero maestro? ¡Mendés! Él leyó mis primeros versos, los versos que yo escribía en el grave papel del ministerio de la Guerra, y que eran frívolas estrofas de amor. Yo era muy tímido entonces, y si no hubiera sido porque el joven poeta de *Filomela*, que á los dieciocho años ya era autor de una comedia y director de una revista, me inspiró gran confianza y gran simpatía, hubiera guardado mis pobres poemas Dios sabe hasta cuándo... Pero Catulo es irresistible como una mujer; los que le tratan, le quieren ardientemente ó le aborrecen de un modo sincero; es lo que se llama un encantador... ¿no le conoce usted?... él leyó mis versos y echó muchos

al fuego, y otros los hizo publicar en un periódico de Arsenio Houssaye; luego me dió consejos, me indicó los libros que era necesario leer y me hizo conocer á sus amigos y á sus maestros: á Baudelaire, á Victor Hugo, á Leconte de Lisle, á Teodoro de Banville: el que más me quiso y á quien yo más quise, fué éste último, cuyo nombre, cuyo talento y cuyo carácter me entusiasmaron siempre; en su casa hospitalaria y sencilla, hemos pasado, todos los parnasianos, las horas más agradables de nuestra vida; su amabilidad fué más útil, para unirnos, que la austera majestad del autor de los *Poemas Bárbaros*. En casa de Leconte de Lisle se ponían de acuerdo nuestros cerebros; en casa de Banville se unían nuestras almas: allí todos estábamos con confianza; allí Catule Mendés, Armand Silvestre, Sully Prudome, Verlaine, Mallarmé, Heredia, todos, en fin, reían, amaban y cantaban. Todos parecíamos los hijos del maestro... Luego, en casa de Mendés, preparábamos nuestras estratajemas de prensa y nuestras combinaciones editoriales, gracias á las botellas de vino, á veces de champagne, que el joven poeta ponía á nuestra disposición y que nos hacían soñar con la quincuagésima edición, en la centésima representación, en los treinta mil francos de los contratos del *Figaro*, en todo lo que por la mañana no nos parecía sino sucesos imposibles. Sólo la Acade-

mia con sus palmas verdes y sus espadas de hoja de lata, no formó nunca parte de nuestras locas diversiones, porque para nosotros la Academia era entonces un hospital de viejos tontos ¡quién hubiera dicho que más tarde algunos de nosotros habríamos de entrar en ese hospital! Verdad es que ya entramos viejos... Lemerre también contribuyó á nuestra solidaridad literaria; él lo editaba todo, y así, teniendo el mismo editor y viendo nuestros libros impresos en el mismo papel y con la misma elegancia, las rivalidades de esa especie, que tan frecuentes son en el mundo de las letras, quedaban suprimidas de antemano. Lemerre fué nuestro gran protector: por eso todos le consideramos como á un amigo y casi todos seguimos dándole nuestras obras. En París se le llama « el editor de la escuela parnasiana »; pero eso es falso: la escuela parnasiana no existió nunca; nuestro grupo no fué una escuela, sino una pléyade de poetas, amigos sin compromisos, unidos únicamente por la simpatía y por el talento.

Y así fué como Copée me contó una mañana de verano, en pocas palabras y asegurándome que no existía, la Historia del Parnaso Contemporáneo.